NúmEros al rescate

- En México, cerca de 26 millones de personas viven en pobreza extrema, sin poder satisfacer sus necesidades más elementales.[1]
- En las localidades rurales con menos de 2 500 habitantes, el 60% de los hogares viven en pobreza.[2]
- De acuerdo con Sedesol, en México el número de regiones prioritarias —espacios territoriales fundamentalmente rurales, conformados por varios municipios o porciones de los mismos, que comparten identidad étnica, cultural y geo-económica que presentan altos índices de marginación y pobreza— asciende a 91 en 31 estados de la república y abarca una población aproximada de 27 millones de personas.[3]
- En México, hay alrededor de 50 millones de mujeres, de las cuales una tercera parte tiene menos de 15 años y cerca de 30 millones entre 15 y 64 años.[4]
- En 1996 la Población Económicamente Activa ascendía a 36.6 millones, de la cual 12 millones eran mujeres; así, de cada 100 hombres, 77 eran económicamente activos, mientras que sólo 33 mujeres lo eran de cada 100.[5]
- En 1995 había en México 6.2 millones de analfabetas, el 61.5% pertenecientes al género femenino. En las generaciones jóvenes, de 15 a 24 años, el 4.3% de las mujeres son analfabetas, frente al 3.8% de los hombres.[6]
- En México hay 19.4 millones de hogares, de los cuales 2.8 millones tienen jefatura femenina, es decir que 15 de cada cien hogares tienen como jefe de hogar a una mujer, lo que equivale a que 9.9 millones de personas residen en hogares comandados por una jefa, compuestos en promedio por 3.5 miembros.[7]
- Cuatro de cada cinco hogares monoparentales están compuestos por la madre y los hijos e hijas y representan 1.9 millones de hogares cuya característica principal es su vulnerabilidad y pobreza.[8]
- Del total de hogares familiares, en el 83% está presente el cónyuge del jefe, en tanto que el 17% no lo tiene, ya sea por soltería,

Lecturas

Sexualidad

Jeffrey Weeks
Género y sociedad
UNAM, Programa Universitario de Estudios de Género
Paidos, México, D. F., 2000, 132 pp.

Margarita Rodríguez

Con un profundo análisis sobre los significados que se le han dado a la sexualidad a través del tiempo, Jeffrey Weeks escribe esta obra que pone el acento sobre diversos paradigmas que enfrentamos al inicio del siglo XX. Pareciera que acerca de la sexualidad se ha escrito demasiado, desde finales del siglo XIX el psicoanálisis, la sexología, la antropología, la psiquiatría y la sociobiología han dado, o han tratado de dar, respuesta a las inquietudes, miedos, tabúes, misterios, que han rodeado a lo que se llama sexualidad humana. Sin embargo, Jeffrey Weeks invita a sus lectores y lectoras a ver con otra mirada el tema, a rastrear por la historia los orígenes de la sexualidad, su transformación en el tiempo, el espacio y la cultura, así como el valor que se le ha dado en las intrincadas estructuras sociales del pasado y cómo está inserta en los diversos movimientos de emancipación del presente.

Jeffrey Weeks aclara que sólo puede comprenderse la sexualidad dentro de un contexto social, espacial y cultural específico, pues aunque hay rasgos comunes, difiere enormemente la manera como las sociedades organizan el potencial erótico humano; en otras palabras, la sexualidad ha sido otra de las invenciones de la cultura:

> [...] en las distintas culturas y a lo largo de la historia de cada una de ellas, podemos descubrir variaciones importantes en el modo como los seres humanos han organizado el matrimonio y la familia, las relaciones entre hombres y mujeres, mujeres y mujeres, hombres y hombres, adultos y niños, y también la importancia que la costumbre, la ley, la religión y la moral atribuyen a la sexualidad.

La sexualidad, según Jeffrey Weeks, es dinámica, cambiante, influye en todas y cada una de las actividades humanas, obedeciendo a las transformaciones y desarrollo que el hombre hace de su entorno:

> Ante nuestros ojos ocurren cambios de distintos tipos. Seguramente los cambios continuarán. ¿Quién puede saber cuáles serán las implicaciones del cibersexo?

Otro de los objetivos del texto es ayudar a encontrar vías que permitan aceptar la diversidad, trascender las diferencias culturales y elaborar una ética que respete las distintas maneras posibles de existir como seres humanos. Pero antes, debe conocerse lo que ha sido la sexualidad y lo que es, para entonces poder decidir racionalmente lo que debería o podría ser, borrando de la men-

te humana que la base de los sentimientos y compromisos más apasionados radica en la sexualidad, por considerarla el aspecto más espontáneo y natural que posee el ser humano.

La sexualidad, explica Jeffrey Weeks, existe como una presencia social palpable, es tan fuerte la importancia que se le ha dado que configura la vida pública y personal, ya que en ella se han encerrado la identidad genérica, las diferencias corporales, las capacidades reproductivas, las necesidades, los deseos y las fantasías. Jeffrey Weeks se opone a este enfoque esencialista del sexo, y explica que los significados que se le atribuyen a la "sexualidad" están social y culturalmente organizados, sostenidos por diversos discursos, que intentan decir lo que es el sexo a través del lenguaje, leyes morales, cine, prácticas educativas, música popular, ficción pornográfica o romántica.

A partir de esta oposición, analiza críticamente los diferentes conceptos que sobre la sexualidad han sido manejados y manipulados, y habla de los lenguajes del sexo, la invención de la sexualidad, los significados de la diferencia sexual, el desafío de la diversidad, la sexualidad y la política, así como los placeres privados y la política pública.

Para Jeffrey Weeks, este texto se deriva de "la necesidad de entablar un diálogo con los demás", de encontrar valores comunes que trasciendan las diferencias culturales y de construir maneras de vivir juntos que respeten la diversidad y la autonomía individual, con una condición fundamental: que lo que se haga no dañe a otros. ♦



viudez, separación, divorcio o por motivos migratorios.[9]

- De cada cien jefas de hogar, sólo dos mujeres tienen esposo o compañero. Por el contrario, 95 de cada cien jefes hombres tienen esposa o compañera.[10]
- La mayoría de los hombres que son jefes de hogar tienen edades comprendidas entre los 30 y 59 años (64.4%), el 18.4% son menores de 30 años y el 17.2% tienen 60 o más años. Por su parte, poco más de la mitad de las mujeres que dirigen un hogar se concentran en las edades de 30 a 59 años (55.4%), pero tienen una importante presencia las de 60 o más años (34.9%), mientras que las menores de 30 años son una minoría (9.7%).[11]
- De cada cien jefas de hogar únicamente 8 han estudiado hasta la secundaria; 13 tienen estudios equivalentes a la preparatoria o bachillerato, y sólo 7 tienen estudios de educación superior.[12]
- Existen 1.6 millones de jefas ocupadas. Las jefas que trabajan fuera del hogar se desempeñan principalmente en las siguientes ocupaciones: trabajadoras en servicios domésticos, comerciantes y agentes de ventas, trabajadoras en actividades agropecuarias, jefas de departamento, personal de apoyo en la administración y vendedoras ambulantes. En estas ocupaciones se encuentra el 65% del total de jefas ocupadas.[13] ♦

Notas

[1] Informe de labores 1998 de la Secretaría de Desarrollo Social.
[2] SEDESOL/FONAES. *La mujer campesina en el desarrollo productivo.* México, 1999, p. 20.
[3] *Op. cit.*, p. 25.
[4] *Op. cit.*, p. 35.
[5] *Op. cit.*, p. 36.
[6] *Op. cit.*, p. 39.
[7] INEGI. Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de Hogares de 1994, ENIGH, 1994.
[8] INEGI. Conteo de Población 1995.
[9] INEGI. *Los hogares con jefatura femenina*, 1999, p. 10.
[10] *Op. cit.*, p. 10.
[11] *Op. cit.*, p. 13.
[12] *Op. cit.*, p. 16.
[13] *Op. cit.*, p. 19.

Celia Cervantes